



SABINO ORDÁS ENTREVISTA A ANTONIO PEREIRA

No tengo precisamente eso que los anglosajones llaman «dedos verdes», pero este año mis rosales están cuajados de capullos. Estoy mezclando un poco de ceniza con la tierra, para prevenir infecciones y plagas, cuando Chon me anuncia estentóreamente la visita de Antonio Pereira.

HE ido conociendo a Antonio Pereira, desde la perspectiva de un acumulado periplo sobre su obra, precisamente a partir de su último libro, «País de los Losadas», novela que me recomendó con elogios Manuel Andújar, y que ofrece una consumada maestría narrativa, elaborada con ese raro ascetismo en que confluyen el mundo del creador, que hace arqueo de lo más sustancial, que detalla la síntesis de lo más significativo (en la atmósfera de su imaginación, de sus obsesiones, de sus poderes, a fin de cuentas), y una escritura estilizada, escueta y sugerente, de indudable fuente poética.

Mi periplo sobre la obra de Antonio Pereira ha sido, de adelante hacia atrás, como un recorrido a los orígenes, me parece que ningún secreto se me quedó vedado, pues la obra de Pereira es luminosa y clara, transida de emociones y paisajes entrañables, de las que se entregan gratificaciones a primera vista, exigiendo sólo nuestra complicidad de lectores no contaminados.

Poemas, cuentos y novelas remiten por distintos caminos literarios a un mismo universo, a una común sensibilidad, que canta y cuenta arropada en unas referencias de geografía y de memoria, sobre esos bagajes de lo vivido en unos concretos arraigos, de lo que se recuerda y se recrea como densidad de emoción, matices que definen una huella original, intransferible, de tan sutiles acentos en los versos de

Antonio Pereira, de tan cálidos entornos humanos en su narrativa.

Poeta y narrador, Pereira se invade en ambos territorios con la naturalidad de quien hace el mismo camino. «El ingeniero Balboa», «Una ventana a la carretera», «Dibujo de figura», «Cancionero del Sagres», «Del monte y los caminos», etc., forman esa línea de una andadura en la que uno toca continuamente esa densidad de emoción a la que antes aludía.

Ahora, cuando Antonio Pereira viene a visitarme a Ardón (renovando el intento de una fracasada visita que hace casi un año programaron sin resultado él y Antonio Gamoneda) no puedo decir que nuestro encuentro sea el inicio de esa fácil y honda amistad que con Pereira tan llanamente se entabla, sino más bien la continuación, la confirmación, de un conocimiento que nos une con esa cordialidad que yo ya habla respirado en su obra.

Abandonamos el huerto y nos vamos a pasear por la chopera. Hablamos primero del «País de los Losadas». Le digo que, en mi experiencia de lector, me fue ganando desde las primeras páginas de la novela el vago rumor de todo un mundo desvelado entre sugerencias, misterios y conflictos, con un ritmo de memoria removida perfectamente equilibrado en la respiración lírica de la prosa.

ANTONIO PEREIRA. - *A mí me hubiera dado no sé qué, digamos pereza, el salir ahora con una novela que, fuese una novela más de la guerra. En «País de los Losadas» aparte de que ni se incita a los vivos ni se alancea a los muertos -la guerra está al fondo, a lo lejos, o sea que sobre los ecos de -aquella- guerra se levantan las voces de hoy, José María Losada, un personaje de vida poco heroica pero héroe en el sentido unamuniano (uno que da ocasión a que se pueda escribir sobre él un poema épico, un epinicio, un cuento, un epigrama o siquiera una gacetilla), encuentra unos papeles, recurso narrativo archisobado y que aquí el propio autor pondrá en solfa... mientras lo utiliza, y este hallazgo, junto con algunas confidencias y deducciones propias, revelará al actual Losada que él mismo es un huido como lo fuera su antecesor, en otro orden de cosas, pero un huido...*

SABINO ORDAS. -Encuentro en su narrativa una voluntaria -épica de lo efímero-, una huida de toda prosopopeya.

A. P.-*Creo que en mis tabulaciones no es frecuente la presencia de criaturas poco brillantes -el héroe legendario es más improbable que el héroe cotidiano -y también. como consecuencia, el rebaje por la ironía de la aparente grandeza de algunas situaciones. Los primeros días de la gloria guerrillera de Jacobo Losada («¡Un señorito!», así lo habían recibido) se ven ensombrecidos por una oclusión añorante*

del water de casa, y resulta que no hay caballos, ni canciones bajo la luna... Bueno, también a Pascal le emocionaba el espectáculo del firmamento, y es muy posible que el sublime estremecimiento proviniera del frío que pillaba en el balcón. Y el ambiguo «Luz, más luz», de Goethe...

S. O.-También es evidente en su prosa un afán sintético.

A. P.-Reconozco que en mi narrativa tiendo a la síntesis. Lo mismo que he llegado a sospechar de la sinceridad de Borges cuando califica de desvarío el explayar en quinientas páginas una idea cuya perfecta exposición oral cabe en pocos minutos -¿hubiera dicho eso si su infortunio visual no le hubiera impedido dominar -materialmente la novela grande?-, alguna vez he pensado que en mi caso ocurre porque no soy un escritor de dedicación garantizada, porque trabajo amenazado de interrupciones, que en una obra caudalosa resultan particularmente entorpecedoras. Claro que en todo caso habría que dar gracias a Dios por habernos dejado a Borges -nada más que en cuentista genial... En cuanto a mí, la verdad es que finalmente me inclino a explicarlo más bien porque al campo de la narración he llegado desde la poesía. El gusto por la palabra, la afición a lucrarme de toda su capacidad sugeridora y significativa... Todo esto, compréndame, conduce a una expresión económica, y no ya en el cuento, donde es característica natural, sino también cuando escribo una novela. De «País de los Losadas» me han llegado elogios -me ha gustado, en el mismo suplemento literario en que usted estribe lo da que el paisaje «más que descrito, está respirado» y algunos críticos, con evidente generosidad, han colocado mi novela en la línea de esas «pequeñas obras maestras»... Pero a renglón seguido la esperanza de que sí, que pronto, acaso, llegará la novela grande-grande que cabe esperar del promisorio autor, la novela -total-... ¡Pero es que yo no tengo ninguna gana de escribir la novela total!

Las hojitas nuevas de los chopos mantienen todavía su tierno rubor. Nos sentamos en los restos (ya irreconocibles) de un muro de piedra que debió cimentar una vetusta construcción, acaso cuando Ardón era ombligo de algo. Varios harrapiezos pasan apiñados ante nosotros, rodeando a uno que porta orgullosamente una escopeta de aire comprimido. Yo insisto en ese tema de la crítica, para mí siempre fascinante en boca de un escritor.

A.P.-¿La crítica? Bueno, yo soy respetuoso con ella, estoy de acuerdo con Truman Capote, en que la crítica nunca debe ser contestada por el criticado. Que las respuestas puede uno hacerlas mentalmente, pero nunca debe ponerlas en el papel. A propósito de Capote. Mis lecturas son anárquicas, y además retardadas, de manera que hago un papel poco brillante en las tertulias. Estos días estuve leyendo «Desayuno con diamantes», o sea, «Breakfast at Tiffany's». Todo el mundo debe

haber leído esta novela hace mucho tiempo, y resulta que a estas alturas yo ando hablando de ella con entusiasmo, me confirmo en que Capote no es ese tipo de reportero ascendido eventualmente (como les suena a algunos), sino un auténtico creador. Con algo que admiro mucho: su facilidad de control, el sostenimiento de su dominio expresivo y emocional sobre el relato. Y ya ve usted -estoy volviendo a lo mismo-, poco más de un centenar de páginas. Como «La metamorfosis», de Kafka, o «El extranjero», de Camus, o «La sinfonía pastoral», o el «Pedro Páramo»...

S. O.-Sin duda, su narrativa hace un quiebro a partir de «El ingeniero Balboa».

A. P.-Creo que el «Ingeniero Balboa y otras historias civiles», se sitúa un punto de inflexión en mi narrativa, pero más en lo formal que en lo ideológico y sentimental. Ricardo Gullón dictó una conferencia en los cursos de verano para extranjeros, sobre «El ingeniero Balboa...» Yo lo había visto anunciado en los programas y me presenté en el aula de la Facultad de una manera subrepticia, escondido en el último banco. Nunca había oído hablar de mí mismo en una clase (tampoco creo que sea un hecho frecuente...) Seguí la lección con un interés sereno y aplicado, exactamente como si estuviera hablando de una obra ajena. Luego, en una vuelta a «El cementerio marino», reencontré en el prólogo la sensación no demasiado distinta de Valéry escuchando en la Sorbona a su glosador... Gullón estuvo muy positivo respecto a esas narraciones mías, y posteriormente, se las llevó a sus Universidades de Chicago, que las estudiaron en un seminario. Con respecto a «País de los Losadas», me riñó por retirarle información al lector..., frente a la respetuosa, sí que cerrada defensa del autor en favor de sus deliberadas omisiones. Ahora acaba de salir en Taurus, un libro suyo que ya empecé con avidez: "Psicologías del autor y lógicas del personaje». Lo llevo en el coche. Se lo puede quedar, si usted me lo acepta con algún subrayado en sus primeras páginas, y yo me haré con otro ejemplar en León.»

Las golondrinas planean, descienden en picado, rozan con sus alas el suelo verdecido de la chopera. Ya cubre la sombra buena parte de la vega. Nos hemos acercado a la orilla del río, que avanza ancho y poderoso, apretado de espumas en la mitad de su lomo. Tras los cristales, de sus gafas, la mirada inteligente de Pereira parece vulnerable a todas las comprensiones. «Así que este es su Astura», me dice. «Necesitábamos oír ese viejo nombre para comprender que es un gran río». Y seguimos paseando.

S. O.-En una región como León, tan nutrida de sucesivas generaciones que se arraigan en una revista, en una empresa literaria, ¿cuál es la suya?

A. P.-Yo llegué tarde para pertenecer, de una manera plena, al grupo Espadaña. Para el grupo Claraboya, había, llegado demasiado pronto. De manera que no he

pertenecido en realidad a ningún «grupo». A veces lo he echado de menos. ¿Sabe usted por qué? Por la amistad. Yo soy un hombre afectivo y afectuoso, no tengo a nadie por enemigo, amigos, sí, los tengo aquí y allá... Pero me da un poco de envidia esa permanente fiesta de la amistad que reúne a mis colegas -sigo pensando en Claraboya-, nacidos a la vida literaria alrededor de una ilusión común.

El agua corre veloz a nuestro lado. Las hojas de los chopos suspiran en el crepúsculo con un vibrar que induce al sosiego. Se oyen a lo lejos, por el soto, las voces de los niños en un alboroto que, aunque pretendidamente bélico, está lleno de placidez.

S. O.-¿En qué trabaja ahora Antonio Pereira?

A. P. Ahora escribo relatos... Tengo confesado en el acto de escribir (no el de imaginar previamente, que es una ocupación alada; ni el de corregir o repensar, que es un trámite placentero), el acto de atornillarse a la mesa pluma en mano, me resulta poco gratificador en sí mismo. Aunque no llegue a merecer -esto creo- la alusión de Wilde a Henri James, «El señor James escribe como quien cumple un penoso deber», ni a confirmar la, condición del literato como -ese horrible trabajador-, que decía Rimbaud... Todo esto lo hablaba yo hace poco con Carmen Martín Gaité. Me decía que ella sí disfruta en el momento cabal de escribir: de estar redactando la obra, es lo que entiendo. Y que tiene que ser así, que a la literatura no se le puede fingir amor. ¡Pero yo no soy un amante falsario!, le he protestado a Carmen. Nadie me manda escribir -nadie desde afuera de mi corazón-, pero siento bien claro que ese esfuerzo lo quiero y lo necesito... Bueno, unos relatos iba diciendo. Alternativamente, con una novela ya muy pensada pero apenas formada. Y siempre, siempre la esperanza de que tengo que volver a los versos...

Todavía en la otra orilla brillan, rojos, los tejados de Villavieja, mientras reciben por última vez en el día la caricia del sol.